

—Es verdad—objeta por su parte la dama—pero hubo un tiempo, bien próximo, en que adoptó España el divorcio a su legislación. ¿Hubo entonces muchos divorciados?

—Con disolución de vínculo muy pocos. Casi ninguno. No hubo, en verdad, más divorcios que los de quienes estaban ya prácticamente divorciados, de espaldas a la religión y a la sociedad. Y como esta es la verdad, hay que reconocerla así.

La dama norteamericana enarca un poco las cejas mirando inquisitivamente al *cicerone*; anima después su semblante con una sonrisa luminosa y repite la palabra que parece ha escogido para santo y seña del día:

—¡Admirable, admirable!

* * *

Hasta bien entrada la tarde, después de comer, no han podido los turistas americanos despegarse del *cicerone*. Van a abandonar el pueblo, ya declinando el sol, cuando sus luces se tornan pálidas y a la vez sangran, como remotamente heridos, algunos azules del cielo. En la plaza, que sigue abandonada, toman ahora el sol, junto al atrio de la iglesia, los viejos desahuciados de los altozanos. Y antes de montar en el automóvil la dama turista quiere interrogar a uno de estos viejos que supone representativos.

—¿Quiere usted decirme qué opina de su paisano el conquistador?

—¿De cuál, de aquél que se fué a las Américas y dicen que ajuntó tantas tierras bajo su mando? Si es verdá que ganó tantas riquezas como dicen, se las dejaría allí, porque aquí pocas debió de traer pa sus parientes y familiares. No se conocen ricos por la conquista.

—¿Y la conquista en sí, la obra civilizadora de su paisano, qué le parece?

—El conquistaor fué obediente a su deber y ná más. Le tocó en suerte ese oficio. Otros araban la tierra, guardaban rebaños y forjaban el hierro en el yunque. Al conquistaor le asignó Dios su servicio y él lo cumplió como cá cual el suyo.

Después de esto, no quiere ya oír una palabra más la elegante dama norteamericana. A poco retiembla el motor del automóvil poniéndose en marcha. Y como acoplado sus emociones a estos latidos del coche, la bella viajera no cesa de repetir:

—¡Admirable, admirable!

—¡Oh, sí!—asiente penetrando todo el sentido de su esposa su joven acompañante.

—¡Admirable, admirable!—vuelve a recalcar la dama—Debimos habérselo dicho así a ese ridículo *cicerone* local. Precisamente es admirable esta tierra de conquistadores por los contrastes de su sencillez. Admirable que aquellos héroes forjaran sueños dinámicos en este ambiente de paz y de quietud. Lamentaba ese pedante que estas gentes se apegasen con cariño a unas tierras pobres y esquilmas por el cultivo ancestral de siglos. Pues lo admirable es eso: la continuidad moral de tantas generaciones en la pobreza y la fati-

ga por conservar la patria y el hogar. Si el amor reviste aquí las formas materialistas y calculadoras que dice ese esnobista, lo admirable es la continuidad en el vínculo y en la fidelidad y en los deberes por fundamental honradez. ¿No es admirable que los conquistadores dejen en América sus riquezas y aquí no se conozcan ricos por la conquista? ¿No es admirable ver que a las hazañas inigualadas, a las epopeyas más fabulosas un viejo de pueblo no les dé otra categoría que la de simples actos de servicio por el deber? ¡Oh, admirable tierra de los conquistadores en la admirable España! Y hay algo más sin lo cual España no sería tan admirable. ¿Conoces la anécdota?

—¿Cuál?

—Cuenta un apólogo que en un debate entre las naciones cada una aportaba las mejores pruebas para su grandeza. Cuando le tocó hablar a España, ella dijo: «Cómo seré de grande que subsisto a las calumnias que me lanzan mis propios hijos» Y efectivamente: España no sería tan grande sin ver que hablan mal de ella los propios españoles. ¡Raza singular!

Y ahora, evocando el testimonio admirativo de un genial poeta americano, la dama extranjera recita a modo de oración lírica estos versos frente a la tierra extremeña de los conquistadores:

«Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
¡... almas luminosas, Salve!»

ANTONIO REYES HUERTAS

Campos de Ortiga, Enero de 1949.

IDEARIO EXTREMEÑO

Ni llorar, ni reír, ni hablar, ni contar podemos, como los gentiles, los cristianos. Diga lo que diga la mal avisada ingeniolatría de cultivadores rutinarios o neófitos amadores de lo que el retoricismo llama enfáticamente clásico y literatura clásica, yo, sin que por esto desee resucitar polémicas ya manidas, me limito a preguntar con la voz de la religión, de la historia, de la filosofía y del sentido común: si Jesucristo es venido para restaurar en El todas las cosas de la tierra, ¿cómo esta restauración no ha de informar a motores tan activos y trascendentes de la vida terrenal humana como son la literatura y el arte?

GABINO TEJADO